

Cidse

Cali, diciembre 2007
No. 04

EDITOR:
Comité de Investigaciones
de la Facultad de Ciencias
Sociales y Económicas de
la Universidad del Valle.

Esta es una publicación
del Centro de
Investigaciones
y Documentación
Socioeconómica
CIDSE
de la Facultad de Ciencias
Sociales y Económicas de
la Universidad del Valle
www.univalle.edu.co
(facultades) Link: Facultad
de Ciencias Sociales y
Económicas

Participan en este número
los grupos de
investigación:
Conflicto, Aprendizaje y Teoría
de Juegos
Acción Colectiva y Cambio
Social



¿QUÉ DEBEMOS APRENDER DE LOS DESERTORES?: DESERCIÓN Y DECISIÓN RACIONAL EN LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

Por: *Boris Salazar*
Departamento de Economía, Universidad del Valle

En su artículo para *El Observador Regional* del Cidse, Jaime H. Escobar establece que la tasa de deserción promedio para los estudiantes que han ingresado a la Universidad del Valle en los últimos diez años es del 42%. Es una tasa, como lo plantea el autor, un poco inferior al 50% observado en Colombia y en Latinoamérica. Son datos preocupantes, por supuesto. Implican que casi la mitad de los estudiantes que inician un programa de estudios en Colombia y en el sub continente lo abandonan en forma definitiva, con todas sus consecuencias negativas en términos de recursos perdidos, oportunidades desaprovechadas y mayor desigualdad. Pero ese no es el objetivo de esta nota. Me interesa, más bien, tratar de entender las decisiones de los que desertan y sugerir algunas alternativas para convertir lo que todo el mundo ve como una catástrofe en una oportunidad para mejorar los procesos de decisión de estudiantes y universidades.

Para hacerlo, trataré de situarme en un terreno propicio. Olvidemos, por un momento, la imagen dominante del desertor como un individuo que ha fallado en forma miserable en lo académico, o como una víctima inocente de inclementes reformas curriculares, o de una trayectoria socioeconómica, familiar y educativa por debajo de un promedio invisible. Veámoslo, más bien, como individuo racional, interesado en alcanzar unos objetivos muy precisos mediante la elección de las acciones más adecuadas. ¿Qué es lo que quiere? Primero, como todo estudiante potencial, quiere entrar a la universidad. Este punto, que parece obvio, casi tonto, es fundamental: una proporción considerable de los estudiantes no entra a un programa específico, sino a la universidad. El primer objetivo, entonces, de todo estudiante potencial es entrar a la universidad. Esto supone, y aquí ya estoy presentando una hipótesis por contrastar, que quiere encontrar la trayectoria menos costosa y más segura para garantizar su ingreso. ¿Cuáles son los costos asociados a su ingreso? Los más evidentes son los puntajes exigidos en cada uno de los programas. Todo el mundo sabe de la existencia de una distribución de puntajes mínimos que hace a unos programas de más fácil acceso que otros: el esfuerzo que se requiere para entrar a Medicina es mayor, por ejemplo, al asociado al ingreso a Trabajo Social, Ingeniería Civil, o Ciencias Sociales. Más aún: el menú de ponderaciones para cada una de las pruebas también difiere en forma evidente.

Observen las implicaciones de esta primera hipótesis: Muchos aspirantes, la mayoría me atrevería a decir, no elige un programa de acuerdo a sus preferencias, lo hace buscando aquel programa que le permita situarse en la trayectoria más segura para entrar a la universidad. Es sólo un primer paso en un proceso de decisión

más largo y más complejo. ¿Cuáles son los obstáculos para entrar a la universidad? En primer lugar el puntaje exigido por cada programa. Programas con puntajes muy altos imponen fuertes procesos de autoselección: de acuerdo al puntaje obtenido, o esperado, cada uno elegirá un programa en el que la probabilidad de entrar sea lo más alta posible. La gran afluencia de aspirantes a programas que antes tenían muy poca demanda, no figuraban muy alto en los órdenes de preferencia de los aspirantes, y no prometían tasas de retorno muy altas, puede explicarse a través de la hipótesis planteada: son los programas que permiten maximizar la probabilidad de entrar a la universidad. Subrayo: a la universidad, no a ese programa en especial.

Una vez situados en el programa elegido, el estudiante debe tomar una nueva decisión: ¿permanece o no permanece en él? Si es consecuente con su plan inicial, y lo que encuentra en el programa elegido no lo hace cambiar sus expectativas, tratará de cambiar de programa. No conozco cuál es la probabilidad de éxito en la realización de este paso. Sin embargo, la posposición del momento de la transferencia a otro programa puede ser explicada por su dependencia con respecto a los cupos disponibles y a las dificultades por superar en cada nuevo programa en particular. Esto explicaría porque algunos estudiantes dejan el programa inicial en el segundo, tercero, cuarto o quinto semestre.

Al mismo tiempo hay otros estudiantes que encuentran poco atractiva la carrera elegida, y que sin tener planes previos de moverse hacia otra carrera, deciden sobre la marcha no continuar en aquella y buscar un programa alternativo en la misma universidad, o por fuera. Observen que en esta segunda etapa de la trayectoria de decisión distintos tipos de individuos convergen a la decisión de dejar su programa inicial: los que ya tenían la expectativa de cambiar, los que descubren que su decisión inicial estaba equivocada y los que encuentran alternativas superiores en otros programas. Aún más: en este punto la dificultad académica del programa, las limitaciones en la formación de los estudiantes y otras dificultades cognitivas y de adaptación, incluyendo las relaciones con los profesores y con otros estudiantes, comienzan a contribuir a la decisión de dejar el programa original. Hablando en el lenguaje de las redes sociales: en la medida que sus redes sociales se amplían, la información de cada uno es mucho mayor, tanto que pueden incluso pensar en cambiar de programa y hacer girar su trayectoria inicial en otro sentido.

Veamos más en detalle la decisión de los que

descubren que la carrera elegida no es la carrera que más se acomoda a sus deseos y capacidades. Un supuesto más o menos natural es que la mayoría de los aspirantes, incluidos los que eligieron una carrera, y no sólo entrar a la universidad, no tenían información completa acerca de la decisión que tomaron. La decisión de elegir una carrera se hace sobre la base de procesos de imitación, de la influencia de amigos, profesores y familiares y de vagas intuiciones de compatibilidad y talento. En otros casos, los procesos de imitación tienen que ver con el elevado estatus asociado a ciertos programas. El punto es que casi nadie tiene información completa y que sólo unos pocos elegidos ven con claridad absoluta lo que quieren ser en el futuro y acierta, de paso. ¿Cuál es el impacto del paso de la información incompleta a una menos incompleta?

Muy fuerte. En primer lugar, al tener más información los estudiantes tienden, en forma racional, a revisar sus decisiones anteriores. Una alternativa es que mantengan su plan inicial de cambiar de programa una vez aceptados o de mantenerse en el programa elegido. La otra es cambiar sus planes iniciales y, al procesar la nueva información recibida, cambiar de programa o mantenerse en el que pensaban dejar. El resultado neto de esta decisión es el número de estudiantes que cambia de programa y amplía su trayectoria en la universidad haciéndola más compleja. En segundo lugar, la revisión que hacen los estudiantes de sus decisiones revela la existencia de procesos de decisión que la universidad no está viendo y no tiene en cuenta para diseñar sus propios procesos de admisión y de enseñanza. El que la trayectoria de una proporción alta de estudiantes no termine en el programa que eligió implica que hay partes adicionales de esa trayectoria, o nuevas trayectorias, que la universidad no conoce y no incluye en sus procesos de admisión y de planeación académica.

¿Cuáles serían las implicaciones de política? Son varias. La primera es incorporar estos procesos invisibles de revisión de las decisiones de los estudiantes a los procesos de admisión de la universidad. La segunda, y derivada de la anterior, es transformar tanto el punto de entrada de los estudiantes a la universidad, como el diseño curricular de su primer año de estudios. Suenan fácil en el papel, pero no son fáciles de realizar. Sobre todo porque implican aceptar que la deserción, más que una catástrofe, es una oportunidad para repensar los procesos de admisión de estudiantes y sus trayectorias académicas una vez aceptados a la universidad, incluyendo las relaciones con los profesores y con otros estudiantes.